

de oración y armonías inefables de dulzura y de misericordia: *Pedid las cosas que son para la paz de Israel, y la abundancia para los que os aman.*

Sí, sí, religiosas del cielo y del claustro, del tiempo y de la eternidad, del voto y de la recompensa, pedid. Pide tú, sobre todo, en este día, hermosa y acepta ofrenda para Dios, perdón para los que os calumnian y desconocen, y porque os desconocen os ultrajan; paz para vuestro pueblo, para vuestra familia, para vuestra patria; paz material, paz espiritual, abundancia de bienes materiales y espirituales para los que te aman; vida santa, separada del bullicio, y de las pasiones, y de las intrigas, y de las ambiciones mundanales para los que te aman de veras á ti, Dios mío, y á tus perfecciones infinitas, y á tus premios eternos, y en consecuencia, á tus vírgenes sabias y prudentes que esperan, segregadas del mundo y consagradas á ti, con la lámpara provista de aceite y encendida en el amor, la llegada del celestial Esposo, que les introduce, para siempre, en su inmaculado tálamo. ¡Rogad, pedid! Que ha dicho (y esto se lo advierto como de paso al mundo) no ya el Evangelio, ni la mística, ni los Santos Padres de la Iglesia, sino un impío de primer orden, y en nuestros mismos días: «¡Es preciso que haya algunos que oren, siquiera por los infinitos que no oran!» Y ¡ahí tenéis también, como de paso, la respuesta á la *inutilidad* de esas pobres y santas mujeres!

Ya es fuerza terminar, y voy á hacerlo; mas la palabra *paz* se escapa, como á torrentes, de las cuerdas y de entre los dedos de David pulsando su lira de alabanza, y brota de sus labios, movidos por el sople de la divinidad que le inspiraba tan bellas y bien acabadas canciones. Vuelvo á ti toda mi oración, carísima hermana y entrañable amada hija, para dedicarte, á ti ya sola, los tres versículos que restan, y desearte, en su aplicación al caso presente, toda suerte de felicidades en tu nuevo estado entre esas esposas de Cristo.

Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres. Sí; esa paz que infundió el Esposo en tu corazón y en tu alma

cuando niña, y que ha constituido hasta este dichoso instante tu mejor escudo, sea en lo sucesivo y hasta el fin tu fortaleza invencible. *Nada te turbe, nada te espante*, te ha dicho, mejor que yo puedo hacerlo, Santa Teresa de Jesús, modelo de mujeres, de españolas, de vírgenes consagradas á Dios; *el alma que tiene á Él* todo le sobra, porque nada le falta: *sólo Dios basta*; no lo olvides, nueva Religiosa. Caerán las más elevadas torres, ha dicho un Padre de la Iglesia; se destruirán desde sus cimientos, como arrancados violentamente por su base, los más soberbios y suntuosos edificios; pero la palabra de Dios permanecerá para siempre, y tú los verás pasar apoyada en el ánclora de tu fe, y en el cable de tu esperanza, y en el anillo de tus eternas bodas; y habrá paz en tu fortaleza y abundancia en tus torres, ha dicho muy bien David, hasta que Dios te haga oír esa palabra, ¿sabes cual es, hija mía? ¡*Ven, elegida de mi corazón, que quiero poner en ti mi trono!*

Y tú, dichosa y feliz, habrás contestado ya muchas veces, desde este solemne instante, á esa palabra que te sostiene en tu vocación, hasta el fin con estas frases del otro versículo: *A causa de mis hermanos y de mis vecinos, yo rogaba paz para ti.*

¿Lo has entendido bien, hermana mía? ¿Has comprendido todo el alcance misterioso y patético de esas palabras divinas, sobre todo hoy, para ti, en la ocasión presente? No sé si me atreva á revelarte toda su extensión, temeroso de conmover las fibras más íntimas y delicadas de tu corazón sencillo y generoso; pero escucha y advierte, que esta aplicación no es precisamente mía, sino de más afamados intérpretes del Libro de Dios; la paz que pide el Profeta para el santo templo y ciudad, es también paz para su pueblo y su familia. ¿Me has entendido ahora ya bien? ¡Acaso me lo están diciendo ya tus lágrimas!

¿Y las vuestras, amados hermanos, dónde están? ¿No estáis escuchando la voz de esa esposa de Cristo que concluye con el hijo de Isaí su cántico de alabanza á Dios, á su templo y á su

ciudad predilecta, mencionando literal y expresamente esa morada, centro de sus placeres del alma, testigo de los favores del cielo, nido de aves que cruzan el mundo para el cielo, agujero abierto en la piedra especialmente para las palomas del Señor?

Por la casa del Señor, Dios nuestro, he demandado bienes para ti. Para ti, padre y madre mía, familia mía, bienhechores míos, madrina mía, comunidad mía desde hoy; para ti, mundo desagradecido á los beneficios de Dios, que alardeas el derecho de asociación y te ufanas de libertad de conciencia, negando uno y otra á los elegidos de Dios; para ti, pueblo mío, patria mía, mundo católico, que te apartas de los caminos de Dios tan visible como rápidamente; por esta casa y para esta casa, á cuya sombra puedes vivir tranquila y sin temores, sociedad de nuestro desdichado siglo, pido toda suerte de bienes y todo linaje de favores; que al cabo un día, y acaso no lejano, juntará la madre tierra los despojos del claustro y del mundo en su seno común; y ¡ojalá los resucite á todos, como fieles y pueblo de Dios, en la Jerusalén á que caminamos, en el cielo!—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE PROFESIÓN DE UNA RELIGIOSA.

Letatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.

Me he alegrado en esto que se me ha dicho: á la casa del Señor iremos.

(Ps. CXXI, v. 1.)

Exordio. Hecho del sacrificio de la hija de Jepté, comentado y aplicado al acto religioso.—Antítesis perfecta de ambos.—Paráfrasis del Salmo sobre el texto, tomado de su primer versículo, en alabanza de la profesión religiosa y de sus votos, y refutación de las falsas objeciones mundanas sobre el asunto.

1.º *Letatus sum in his, quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*—Alegria de la Religiosa.—Su vocación desde el principio.—Libertad dentro de ella.—Orden admirable de la predestinación, según San Pablo.—Excepciones de la ley general.—Sus deseos ya realizados.

2.º *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem.*

3.º Edificación pausada y majestuosa de Jerusalén.—Sus cimientos.—Antítesis de las edificaciones mundanales.—Casa sobre arena.—Cimientos de humildad.—San Agustín sobre esto.—Unión admirable de la vida religiosa.—Sus goces.—*Jerusalem, quæ ædificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum.*

4.º *Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini, testimonium Israël ad confitendum nomini Domini.*—La Jerusalén celestial.—El claustro, su antesala.—Ruegos de las Religiosas en una y otra en favor de sus mismos verdugos.

5.º *Quia illic sederunt sedes in iudicio, sedes super domum David.*—Terribles amenazas.—Conducta evangélica y noble, pagada con calumnias y persecuciones.

6.º *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem, et abundantia diligentibus te.*—Apóstrofe á las Religiosas y al mundo.—Ventajas de la oración para la sociedad.

7.º *Fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.*—Paz en la fortaleza.—Todo pasa menos la palabra de Dios.—Cuál es esta respecto á la Religiosa.—Abundancia en la pobreza.—Milagros providenciales.—Quien á Dios tiene nada le falta.—Santa Teresa.

8.º *Propter fratres meos et proximos meos, loquebar pacem de te.*—Ruegos por su familia.

9.º *Propter domum Domini Dei nostri, quæsi vi bona tibi.*—Por todos.—Súplica.

SERMON

PARA ENTRADA EN CURATO.

¿Pacíficus ne est ingressus tuus? Et ait: Pacíficus; ad immolandum Domino veni.

¿Es de paz tu venida? Y respondió: De paz es; á sacrificar al Señor he venido.

(1.º Reg., c. XVI, vs. 4 y 5.)

Reprobado Saúl por Dios y rechazado, en su consecuencia, por Samuel, á pesar de sus instancias, de sus lágrimas y de sus promesas, el Profeta se retiró llorando á aquel que no debía ya ver más hasta la víspera de su desdichada muerte, según la narración textual del Libro Divino. «No llores, le dijo entonces Dios; su reprobación es ya irrevocable; vas á ungir un nuevo monarca para Israel que he buscado en Belén.» Y á Belén, según las instrucciones precisas y terminantes del Altísimo, marchó el hijo de Elcana el Efraimita, llevando un becerro para el sacrificio, y dispuesto á derramar el óleo santo sobre el hombre que el Señor le indicase.

Y los ancianos betlemitas, sigue diciendo el texto sagrado, se llenaron de admiración al verle, y le preguntaron á continuación: *¿Es pacífica tu venida?* Y contestó: *Pacífica; he venido para sacrificar al Señor;* que han sido, hace un instante, las palabras de mi tema.

Los vecinos de este pueblo, los feligreses de esta parroquia, los individuos de esta Corporación Municipal, que tan digna-